

IVAN KRALJEVIC LABRA:

“La conmemoración de estos 50 años debería poner en evidencia todo lo que falta por desarrollar en cuanto al respeto efectivo y duradero de los Derechos Humanos bajo todas las situaciones”

Ivan Kraljevic Labra nació en la ciudad de Santiago de Chile en agosto de 1958. En septiembre de 1973, Ivan cumple sus 15 años que, como él declara, “dejaron de ser mis 15 años”. Con la represión desatada en los primeros años de la dictadura, amigos y compañeros miembros del Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER) y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) son víctimas de una desaparición forzada en el marco del montaje comunicacional denominado como ‘Operación Colombo’ de 1975. Comprometido con la resistencia permanente durante todo el periodo de la dictadura militar, en junio de 1987, sus hermanos de lucha y compañeros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) son asesinados en la ‘Operación Albania’ a manos de agentes de la Central Nacional de Información (CNI). Ivan finalmente es exiliado a Francia, lugar en el cual reside actualmente.

— *¿Cómo definiría su vinculación vivencial durante el periodo de la dictadura cívico/militar?*

Esta relación fue determinada por lo que fue nuestra vida anterior al golpe de estado. El gobierno de la Unidad Popular no fue un proceso sin errores, ni dificultades y contradicciones, lejos de eso. Pero también hubo logros y el descubrimiento de nuevas potencialidades para el conjunto de la sociedad.

La mayoría de las veces, ese corto periodo de la historia ha sido presentado como una compilación de hechos interpretados desde los clásicos análisis de correlación de fuerzas, entre ganadores y perdedores, relegando la experiencia humana a términos estadísticos. Sin embargo, no se consideran las implicaciones éticas y sociales que la entrega y voluntad de millones de personas, en un momento dado de la historia, dejan como huellas en nuestra memoria colectiva, ocultando así sus posibles proyecciones.

La UP fue el resultado de anhelos acumulados en el tiempo que, unidos a un deseo de justicia y dignidad, dieron forma a un movimiento social permanente. Una expresión que buscaba, tal como lo fue ahora y bajo otros parámetros, el reciente estallido social, un nuevo espacio de existencia en común, y un nuevo y más justo contrato social.

Una de las primeras manifestaciones visibles de esta voluntad de cambio, durante el gobierno UP, fue el apoyo a la cultura a través de la edición masiva y a precios accesibles de libros y discos, demostrando que se podían generar condiciones para el acceso al conocimiento y el encuentro en actividades culturales de personas provenientes de diversos orígenes y realidades. Las manifestaciones culturales y deportivas también fueron llenando los espacios de tiempo con nuevas nociones de las relaciones sociales, apuntando hacia una sociedad más abierta hacia su propia historia y orientada al aprendizaje y búsqueda de soluciones a problemas comunes.

Esta imagen, idealizada sin duda, pero verdadera también en lo esencial y guardada en la memoria juvenil, integra, como una interrogación, las dificultades vividas por miles de ciudadanos, afectados de diversas maneras por ese torbellino creado por tantas necesidades postergadas, y que de manera intempestiva invadieron nuestro cotidiano. La vida en ese momento fue de una gran compenetración social. Las palabras Participación, Solidaridad y Contestación, sintetizaban de algún modo la situación que descolocaba nuestra conservadora sociedad.

El cuadro de confrontación política y social se dio, a pesar de todas las dificultades, en democracia y amplia libertad de expresión. De alguna manera, y en tanto que muy jóvenes, fuimos inesperadamente libres. Disfrutábamos de la vida y de tardes al sol, leyendo algún libro de la accesible editorial Quimantú y participando en actividades sociales o deportivas, abiertas y gratuitas. No obstante, a partir del momento del Golpe de Estado, fuimos testigos, literalmente, de cómo se instalaron, a sangre y fuego, las bases para un modelo cultural, basado en el miedo y el silencio cómplice. Imponiendo, sin ningún contrapeso crítico, los conceptos neoliberales y sus violentos y deshumanizantes principios de funcionamiento.

Algunas semanas después del Golpe, fue el turno de mi padre, militante socialista, de ser apresado en su lugar de trabajo, Ministerio de Hacienda y llevado, primero a la Escuela de Suboficiales de Carabineros, y luego al Estadio Nacional, donde fue liberado más tarde. A los pocos días de estar de vuelta en casa, y leal a nuestra camaradería enriquecida durante la Unidad Popular al reencontrarnos, más de una vez, en trabajos voluntarios y manifestaciones solidarias, me habló con la intención de advertirme de la nueva y brutal realidad.

Comenzó diciendo que nunca hubiese imaginado que todo esto pudiese ser real: “Cuando nos llevaron al Estadio Nacional fuimos recibidos a golpes. Y quiero decirte con esto que ésta es otra cosa, esta es una violencia de psicópatas. En el medio del pasillo por donde entramos al estadio estaba el cuerpo de un hombre que temblaba en el suelo con la masa encefálica fuera de su cabeza”. Levantándose su pantalón, me mostró las secuelas de tajos hechos con cuchillo durante su interrogatorio, “un interrogatorio absurdo y violento, hecho por personas de civil y con overoles de trabajo» precisó.

En su relato, mi padre describió el comportamiento ejemplar y solidario de los presos con aquel que traían de vuelta de un interrogatorio: “No vale la pena sentir odio por esta gente” dijo, refiriéndose a los uniformados y civiles golpistas, “ellos están enfermos; nosotros tenemos dignidad”. Nunca más volvimos a hablar de aquella experiencia.

Mi generación participativa y su percepción de la vida pertenecían ya a otra normalidad, construida a través de otros valores y prácticas de vida. El shock y el asombro frente a esta violencia cobarde y alevosa, prodigada por uniformados y civiles es enorme, y las implicancias y consecuencias de su ocultamiento están presentes en nuestra sociedad, perjudicando el desarrollo de una práctica democrática de calidad y el respeto ciudadano.

Esta persecución y castigo tuvo un carácter de *pogromo* contra una forma de pensar y ver el mundo. De estar feliz y leyendo un libro bajo el sol, pasamos a candidatos para ser ‘exterminados como ratas’. Una asociación ilícita y criminal había tomado el control de nuestras instituciones y vidas. Nuestra primera reacción natural fue la sobrevivencia y protección.

El mismo día del 11 de septiembre 1973, en un cruce programado por la mañana para las 15:00, sin saber que los militares decretarían toque de queda a partir de la misma hora, con un de par compañeros, a la altura de Guillermo Mann y Marathon, en la comuna de Ñuñoa en Santiago, hablamos brevemente de lo que se venía: clandestinidad y resistencia. La primera tarea: organizar la protección de compañeros perseguidos. Nos

separamos rápidamente bajo un sorpresivo y muy cercano trazado de balas y detonaciones. Los militares consolidaban su perímetro alrededor del Estadio Nacional. Nosotros, y sin saberlo así aun, concretizábamos un primer acto de resistencia a la dictadura.

Nuestra adolescencia, (tenía yo 15 años al momento del golpe) dejó de ser un momento de expansión y libertad. Muchos de nuestra generación viviríamos bajo un conflicto permanente entre, por una parte, los valores recientemente vividos de solidaridad y justicia y, por otra parte, el deseo de no ser sometidos. Esta contradicción se resolvía a través de la participación activa en la Resistencia y la lucha por la democracia. Quizás el hecho de haber conocido una forma de libertad generosa y con sentido solidario, y también un mundo menos consumista, nos hizo sentirnos ligeros e ir por esa libertad, por ese sol y esos libros arrebatados.

A partir del golpe, nuestra vida será una combinación de sentimientos, resistencias y esperanzas, pues nunca olvidaríamos el origen grotesco de la sociedad que nos impusieron.

— *¿Cuál es su evaluación de los periodos comprendidos entre la Unidad Popular, la dictadura y el proceso de transición hacia la democracia?*

Son momentos muy distintos entre sí, y al mismo tiempo unidos por la permanencia de las contradicciones que dieron origen a este periodo de intentos, tragedia y frustración.

Las injusticias que buscaba resolver el programa de la Unidad Popular y la realidad actual de nuestro país, si bien las condiciones estrictamente materiales han cambiado de connotación, no han sido resueltas, sino más bien agravadas por el caos consumista, la desigualdad y el renunciamiento a designar los problemas estructurales, manteniendo la confusión en cuanto a objetivos como personas y como sociedad. La actitud claudicante asumida por las bien remuneradas élites políticas, posteriormente a la dictadura, minimizaron aún más el rol del Estado y la noción de progreso social, a través de una adhesión sin cuestionamientos a la cultura antiecológica de la competitividad y el consumo, contribuyendo de hecho, a conservar aun por largo tiempo el paréntesis histórico creado por la dictadura y el genocidio cultural del pensamiento crítico chileno.

Esta renuncia, traducido a ‘la medida de lo posible’, y también en la consensuada eliminación de la prensa crítica, prensa que en su tiempo fue apreciada por el público pues había tenido un importante rol de denuncia

bajo la dictadura, contribuyó a que las elites ‘no lo hayan visto venir » el estallido social, tal como lo reconocen los coadministradores del modelo y a cargo de partes de esta transición, y que incluyó el abandono del sistema educacional a las leyes del mercado, así como la salud y la gestión de las riquezas e infraestructuras nacionales. No es de extrañar el divorcio entre el quehacer político y la vida cotidiana de millones de ciudadanos, así como la constante mediocridad del debate, sumado a la corrupción instalada en importantes instituciones y prácticas administrativas, propios de una sociedad constituida de una democracia por la forma, pero con un fondo profundamente violento, individualista y antisocial.

La desaparición de la dinámica cultural que hizo de Chile una referencia en América Latina, simbolizada con la muerte de Pablo Neruda, el asesinato de Víctor Jara y del compositor y director musical Jorge Peña Hen, junto a la destrucción de libros y otros bienes culturales, ponen en evidencia la magnitud y profundidad del planificado genocidio cultural y su funcionalidad al programa neoliberal, y que pareciera continuar hasta el día de hoy a través de la caricaturización de ‘los mil días’ de la Unidad Popular, y poniéndole ‘bordes’ al relato de nuestra historia y a las demandas sociales que representa.

— *¿De qué manera cree usted que la fractura democrática ocurrida con el Golpe de Estado sigue repercutiendo y resintiendo el imaginario del Chile actual?*

El compromiso de los administradores del modelo pareciera ser escamotear, aun hoy, a cincuenta años del golpe, partes fundamentales de nuestra historia reciente: los tres años de la UP, la colaboración cívica a la dictadura y la lucha activa por la democracia. Este consenso por limitar el relato es de acuerdo al programa cultural neoliberal que consiste, básicamente, en hacer imposible debatir, contrastar e imaginar una sociedad que no sea estrictamente mercantilista.

La vigencia del discurso neoliberal y sus estrechas no-soluciones, a pesar de la evidencia de un planeta destruido por esta forma organización económica, está en la negación al desarrollo del pensamiento crítico, y quien dice no al pensamiento crítico, dice no a la imaginación bajo diferentes etiquetas. En las experiencias llamadas progresistas, pareciera ser la falta de imaginación y, a veces incluso, de conocimiento sobre nuestra historia, lo que ha imposibilitado la audacia política, llevando el debate a una especie de retruque permanente entre intereses inmediatos, y sin propuesta profunda de alternativas de modo de vida y soluciones de fondo a la urgencia ya planetaria. La exigencia de una nueva ética en el quehacer político, respetuoso del ecosistema y el ser humano, no parecen al alcance de las organizaciones actuales.

— *¿Cómo cree usted que han sido transmitidos los sucesos históricos durante estos 50 años en las generaciones?*

Hace algunos años, en una conversación ocasional con jóvenes secundarios alemanes que hablaban español, hubo la oportunidad de preguntar cuidadosamente, pues se sabía que este es un tema delicado que provoca incomodidad en muchos alemanes, qué sabían del nazismo en Alemania. Inmediatamente el tono de la conversación se volvió grave, se acabaron las bromas y las risas, y abordaron el tema seriamente, explicando cómo había sido su primera visita a un campo de concentración, pues eso era parte del programa de enseñanza. Las opiniones eran en voz tranquila y denotaban pudor, vergüenza y respeto por las víctimas de estos hechos y su magnitud, evidenciando un alto nivel de conciencia de la gravedad y de lo que no es aceptable bajo ninguna circunstancia. Pude entender porque en Alemania existen leyes que prohíben la apología y el discurso negacionista, y para qué sirven.

En Chile no hay leyes que sancionen el negacionismo, y esto parece ir de la mano con la ausencia de una voluntad unánime de transmisión y conocimiento de nuestra historia reciente, con fines educacionales y como tarea preventiva y de cuidado de la democracia. El respeto a la verdad de los hechos son un pilar importante en la cohesión social y afirman la perspectiva de una voluntad de desarrollo. Hoy, incluso, algunos proponen que el dictador tenía méritos, y otros se enternecen cuando ven una foto de Hitler acariciando a su perro. Este relativismo, sostenedor del discurso de la violencia reguladora, es funcional al modelo y proclive a todas las demás violencias.

Sin embargo, el estallido social permitió visualizar que sí existe una necesidad de transmisión de la historia real, y que siempre ha estado ligada directamente al pueblo, lejos de las instituciones y cerca de la vida misma. Las demandas por verdad, justicia, trato digno y respeto de los Derechos Humanos han sido permanentes durante el estallido y a todo lo largo de esta paralizante transición por quienes exigen verdaderos progresos en estas áreas durante todos estos años. La violencia descargada por el Estado, a través de sus representantes políticos e instituciones armadas, contra la población civil durante el estallido social, y bajo la forma de un concentrado fuego mutilador contra al pueblo movilizad, puso en relieve el fallido estado moral de las, no poco corrompidas, instituciones armadas y sus brutales formas de regulación del conflicto, junto al evidente poco avance en cuanto a educación y respeto de los Derechos Humanos en áreas esenciales. La conmemoración de estos cincuenta años debería poner en evidencia todo lo que falta por desarrollar en cuanto al respeto efectivo y duradero de los derechos humanos y bajo todas las situaciones.